

HERMINDA

Yo tenía dieciséis años cuando mi madre me pidió que la acompañara al Sur a buscar a Herminda. Debíamos llegar hasta Collipulli. Allí nos esperaba un tractor para llevarnos hacia un lugar – que ya ni recuerdo cómo se llamaba – hacia la cordillera. Mis ansias de conocer lugares nuevos eran grandes y disfruté el trayecto por caminos de tierra que, con cada rebote del tractor, parecía que iba a saltar fuera de él, lo que aumentaba mi creciente amor por la aventura.

Nada disminuyó el interés por observar entre saltos y baches, toda la hermosura del camino totalmente desconocido para mí. Al lado izquierdo se elevaban inmensos árboles – alerces, coigües y raulíes, se entrelazaban unos con otros – mientras que, de tanto en tanto, enredados entre matorrales y las ramas de los árboles, colgaban rojos copihues. A la derecha, separados por una alambrada, se extendían interminables trigales en plena maduración, cuyas espigas eran recogidas y amontonadas en diferentes lugares por los campesinos.

Todo llamaba mi atención: los huasos a caballo que nos miraban curiosos, los chicos que dejaban de jugar a la pelota para observarnos pasar, alguna mujer que tendiendo ropa detenía su movimiento, sus brazos en alto y una camisa en suspenso, esperando ser colgada.

De pronto, el conductor del tractor detuvo su vehículo y nos dijo:

- Tienen que apearse aquí, la casa de Ña Hermelinda queda allí en ese alto
-. No nos quedó más remedio que bajar, dar las gracias y caminar hasta la mencionada casa.

Los primeros en aparecer fueron los perros y, detrás de ellos, secándose las manos en el delantal, una mujer corría arrastrando unos viejos zapatos.

- Misiá Clara, que gusto de verla, pasen, pasen, los perros no muerden, Jesús por Dios y esta debe ser la Clarita ¡Qué grande está! Las estaba esperando.

Yo no alcancé a decir nada cuando aludió a mi persona porque Ña Hermelinda hablaba y hablaba, pero la verdad, yo no la recordaba. Mi madre me había contado que crió al mayor de mis hermanos hasta los seis años; cuando llegué yo, estuve bajo su cuidado casi un año, porque la llamada del amor la trajo de vuelta a su campo.

- ¿Y tu hija Hermelinda? - preguntó mamá.

- Por ahí anda con los chivos - ¡Minda! ¡Minda! – gritó la mujer, ven a saludar niña, llegaron tus patronas.

A los segundos apareció la chica...¡mirarla y encantarme fueron una sola cosa!

Tenía quince años según nos contaron, y le pusieron por nombre Herminda para reducir un poco el nombre de su madre.

- ¡Lleva a la Clarita a dar una vuelta pa' que conozca el campo!

Herminda era una muchacha delgada, no muy alta, de pequeños ojos verdes y cabellos color paja y lo único quizás fuera de tono en su cuerpo eran sus grandes pies descalzos, obviamente llenos de tierra. Ese día caminamos mucho. Me llevó a los corrales donde guardaban las cabras, también a las caballerizas. Las gallinas y otras aves andaban sueltas por todos lados. Me llamaba la atención la Minda, a excepción de sus pies y ademanes desarticulados, parecía una muñeca dejada allí por equivocación. En la tarde salimos a caballo, ella montó en pelo un overo y como yo no me atrevía a subir a otro decidió llevarme al anca del suyo.

- ¡Affírmese bien patroncita que vamos a “galopiar”! – dijo Minda muy contenta. Casi morí. Mi trasero se levantaba y caía sobre las ancas del caballo una y otra vez y mis mandíbulas entrechocaban una con otra. Por fin se detuvo y yo me tiré al suelo con lágrimas de dolor y de risa. La Minda reía a gritos.

- Así se va a reír usted de mí cuando yo esté en la capital y no sepa na’.

- No me trates de usted Minda, eres un año menor que yo, serás mi amiga.

Y así fue. La Herminda resultó un éxito en nuestra casa. Cocinaba exquisito, hacía aseo con prolijidad, y era honrada a toda prueba, cariñosa, respetuosa, atenta con todos. Las dos nos teníamos un especial cariño, yo gozaba con sus historias del campo y con sus dichos tan peculiares.

- El campo es muy re-lindo Clarita, con decirte que en las noches de verano yo a veces dormía “a too imperio”.

- ¿A todo qué? – preguntaba yo, sin entender.

- “A too imperio pu”. Sacaba una manta, la ponía en el suelo y me acostaba tapadita con las estrellas.

- ¡Ah! A la intemperie quieres decir. Y yo reía abrazándola.

Pasó mucho tiempo viviendo con nosotros. Nos hicimos muy amigas. Me asombraba su aguda inteligencia, a la vez que su ingenuidad me enternecía. En las noches le enseñaba a leer y escribir. Me propuse firmemente tratar de que estudiara una vez ya dominada la lectura y escritura. Una chica tan especial como ella no debía perderse en la nebulosa de la ignorancia y era mi deber ayudarla a buscar otros horizontes.

Pero lo que nunca logré, ni yo ni nadie, fue que usara zapatos.

- No puedo Clarita, no soporto los zapatos, es como si me estuviera mordiendo un ganso, si yo desde chica que andaba por el monte a “pata pelá”, mi mamita decía que por eso me crecieron los pies.

Recordé el día que volvimos a Santiago con ella. Se puso unas alpargatas viejas que arrastraba con mucha dificultad y las que lanzó a la basura apenas llegamos. Inútiles fueron los regalos de zapatillas que le hacíamos de cuando en cuando, siempre las encontrábamos tiradas en cualquier lugar. Por éste motivo jamás salía a comprar, pero como en esos tiempos la mercadería llegaba a la casa, la muchacha no tenía problemas y seguía descalza.

Pero como siempre hay una primera vez, ocurrió que Herminda debía sacar cédula de identidad y obviamente no podía ir sin zapatos al centro ¡Gran dilema! La solución fue que se pusiera los zapatones que mi hermano menor usaba para

el colegio. Así lo hizo muy a regañadientes. Yo la llevé al registro civil con todas las instrucciones y encargos correspondientes pues yo debía volver a la universidad a rendir una prueba.

Terminado el trámite tomó sin problemas el microbús que la dejaba en la esquina de nuestra casa. Al bajar del abarrotado vehículo de locomoción colectiva, uno de sus zapatos quedó atorado en la pisadera. Herminda cayó a la calle y fue arrollada por otro vehículo.

La sepultamos sin zapatos.